TRES POETAS ITALIANOS CONTEMPORANEOS

POR

VINTILA HORIA

En un cuento titulado *Singolare avventura di Francesco Maria*, el novelista italiano Vitaliano Brancati cuenta la historia de dos jóvenes sicilianos que se enamoran, cambian de *Weltanschauung*, sufren y quieren reformar el mundo sólo por haber leído a D'Annunzio. Todo esto pasa alrededor del 1900 en un pueblo meridional, aplastado por el tiempo, manoseado por el ritmo monótono de la vida, helado en su propia falta de entusiasmo y de sentido humano. Lo que aquí nos interesa no es el sentido moral del cuento de Brancati, sino el de la revolución producida por un poeta nuevo en la existencia de dos seres humanos que, hasta entonces, no pensaban rebelarse, ni quererse. Su amor es la consecuencia de una lectura. Todo el drama que el cuento reproduce, en su ritmo naturalista, se debe a la aparición inesperada de un volumen de versos en medio de una aldea. Es innegable que todas las revoluciones se basan en una lectura.

Pero hay una diferencia esencial entre los rebeldes de 1900 y los de nuestro tiempo. Si el italiano de 1900, y también el de 1922, estaba dispuesto a rebelarse por haber leído a D'Annunzio, es difícil imaginar al italiano de hoy rebelándose después de la lectura de Ungaretti, Montale o Quasimodo. Y es correcto afirmar que el lector de D'Annunzio, a pesar del fuego que sentía encender su sangre, al dejarse embriagar por los versos del gran *vate*, no experimentaba un cambio interior tan profundo como el que puede experimentar un lector de Ungaretti o de Betocchi. Es que durante estos últimos cincuenta años el romanticismo ha muerto y el hombre tiende más hacia la transformación que hacia la revolución. Salvar o mejorar el mundo quiere decir hoy transformar a nuestro propio yo, antes de esperar que el mundo exterior nos transforme a nosotros. Aquí está la diferencia entre el clamoroso éxito exterior y pasajero que tuvo la poesía de D'Annunzio (como antes lo había tenido la poesía de Carducci) y el éxito silencioso, casi inadvertido, pero mucho más eficaz y duradero, de la poesía italiana de hoy, completamente exenta de efectos sonoros, discreta y solitaria, mal llamada "her-

mética" por los que se han quedado en un balcón, suspendido sobre el vacío, esperando poder saludar al *poeta* del siglo, siguiendo el carro de alguno que otro de los efímeros vencedores, héroes o profetas, que a menudo desfilan por la calle. La poesía italiana es una poesía "actual", pero no "actualista" como lo hubiera querido Gentile. El himno y la oda no tientan a nadie ya. Un sentido de respeto por la intimidad de cada hombre, un sentido diríamos cristiano, es lo que caracteriza a los poetas que, desde Ungaretti, a través de Montale, Quasimodo, Betocchi, Luzi y hasta los más jóvenes, descubren un universo desencantado, humilde, *popular*, como dice Betocchi en un poema e invitan no a la rebeldía, sino a la meditación y al perfeccionamiento. Es una poesía difícil porque implica, para comprenderla, la aceptación de un punto de vista ético.

Las semblanzas de los tres poetas que hemos tratado de traducir son las siguientes:

SALVATORE QUASIMODO

Nace en Siracusa (Sicilia) el 20 de agosto de 1901. Toda su poesía está influída por el recuerdo de su isla natal, la cual se transforma, en el tiempo, en una especie de paraíso o infancia perdidos que vienen a confundirse en su poesía como dos matices de la misma realidad. Como casi todos los grandes poetas italianos de hoy, la evolución de Quasimodo es la de un hombre que, a medida que descubre la fuerza de su universo interior y la relación siempre más visible entre el alma y Dios, vuelve a esperar. No se puede definir como una poesía cristiana la de Quasimodo; pero, igual que la de Ungaretti, ella se alimenta de los valores del cristianismo. Después de haber meditado y traducido a los clásicos griegos (su volumen *Líricos griegos* es de 1940), Quasimodo parece seguir en su derrotero espiritual la evolución misma de la cultura occidental, desde Esquilo hasta Claudel. Su primer volumen se titula *Acque e terre*, y es de 1930. Publicó luego *Oboe sommerso* (1932), *Poesie* (1938), *Il fiore delle Georgiche di Virgilio* (1942), *Ed è subito sera* (1942—la obra más importante de Quasimodo—), *Il Vangelo secondo Giovanni* (1946), *La vita non è sogno* (1949), etc. Tradujo, además de los antiguos, varios dramas de Shakespeare. Colaboró en *Il Frontespizio, Letteratura, La Gazzetta del Popolo, Costume, Epoca,* etc. Es profesor de literatura italiana en el Conservatorio de Milán.

CARLO BETOCCHI

Nació en Turín el 23 de enero de 1899. Vive en Florencia, sin cuya influencia es difícil entender su poesía. El ambiente espiritual de la revista *Frontespizio,* fundada en Florencia por el crítico Piero Bargellini y el escritor Nicola Lisi, ha sido también decisivo, hasta el punto de transformarle en un "católico fervientísimo". Resulta difícil hablar, sin embargo, de "poesía católica", o de "novela católica". En realidad existen católicos o no católicos que escriben. La literatura de los primeros es, lógicamente, una literatura católica. El cristianismo en general no es una técnica para escribir novelas o poesías o para crear un sistema filosófico, sino un molde. Quien acepte este molde, vivirá, escribirá y pensará como cristiano. Organizar premios para la novela "católica", o imaginar una categoría de poetas "católicos", es colocar a los demás escritores en una posición anticatólica, sumamente irreal. Por ejemplo, la lírica italiana de hoy se encuentra evidentemente bajo el influjo del pensamiento cristiano y, desde Ungaretti, evoluciona en este sentido. No por esto se puede decir que los poetas italianos de hoy son poetas "católicos" y que los franceses no lo son, porque no sería cierto. Las obras hasta ahora publicadas por Betocchi son las siguientes: *Realtà vince il sogno* (1932), *Altre poesie* (1939), *Notizie di prosa e di poesia* (1948), *Un ponte nella pianura* (1953), *Poesie* (1955). En 1955 le ha sido otorgado el Premio Viareggio. Actualmente colabora en los periódicos *Il Popolo* y *Quotidiano.*

MARIO LUZI

Nació en Florencia el 20 de octubre de 1914. Es redactor de la revista *Letteratura* y vive en Florencia. Es un poeta en cuya obra encontramos varias vetas, extranjeras e italianas, y bien se ha podido hablar de una influencia tanto de D'Annunzio como de Rilke, de Campana y Ungaretti como de Eliot. Sus inquietudes son las de una generación que, hacia 1935, pocas esperanzas tenía de poder abrirse horizontes nuevos y de moverse en libertad. La vida se concentraba, sin alegría, en lo político, y la silueta del futuro Imperio no entusiasmaba a nadie. Una "metafísica de la angustia" es la que perfectamente define esta poesía, en la que se advierte una desesperada búsqueda del hombre, "de la perdida figura del hombre", como dice Luciano Anceschi en el prefacio a su *Lírica del novecento.* Pero también Luzi colaboró en *Frontespizio* y también en él

se nota la influencia del mensaje—el único posible en aquella época—alrededor del cual se formaba poco a poco el rostro y el alma de la Italia de hoy. Puede afirmarse que *Frontespizio* tuvo el mismo importante papel, en la preparación ideológica de la Italia actual, que la revista *La Voce* en la preparación del fascismo. Mario Luzi publicó *La barca* (1935), *Avvento notturno* (1940), *Biografía a Ebe* (1942), *Un brindisi* (1944), *Quaderno gotico* (1947), *Poesie e prose* (1949), *Studio su Mallarmé* (1951), *Primizie del deserto* (1942), etcétera.

SALVATORE QUASIMODO

PIAZZA FONTANA

No se para ya el viento en mis cabellos
con ternura, y desengañada está la frente:
inclina la cabeza dócil de los niños
en la plaza, los árboles rojos en la curva.

Con humana dulzura
otoño me consuma. Y esta furia
de últimos pájaros estivales en los muros
de la iglesia tiene el gris de los portales,
dura en el aire y dentro de mi
quieto aleteo.
Vuelvo a oír
la monótona risa senil
de los migrantes acuáticos,
el vuelo repentino de palomas
que dividió la noche y nuestra despedida
en la orilla de Hautecombe.

Exacto, aquel tiempo se humilla en símbolos,
y también éste, vivo en su muerte.

Se aleja de ti mi dominio; rápido
cambia: así, contra el viento negro
de las ventanas, el agua de la fuente
en lluvia ligera.

A TU LUZ NAUFRAGA

Nazco a tu luz náufraga
atardecer de aguas límpidas.

Con serenas hojas
arde el aire consolado.

Desarraigado de los vivos,
corazón provisorio,
soy límite vano.

Tu don tremendo
de palabras, Señor,
pago asiduamente.

Despiértame de entre los muertos:
cada uno ha tomado su tierra
y su mujer.

Tú has mirado dentro de mí
en la oscuridad de las vísceras:

nadie tiene mi desesperación
en su alma:

soy un hombre solo,
un solo infierno.

Y DE PRONTO ES NOCHE

Solo se está sobre el corazón de la tierra,
clavado por un rayo de sol:
y de pronto es noche.

SE INCLINA EL DIA

Me encuentras desierto, Señor,
en tu día,
cerrado a toda luz.

Sin ti tengo miedo,
perdida calle de amor,
y ni siquiera me alegra
el ruidoso cantarme
que reseca mis ansias.

Te he amado y herido;
se inclina el día
y cojo sombras de los cielos;
¡qué tristeza, mi corazón
de carne!

CASI UN MADRIGAL

El girasol se inclina hacia occidente
y precipita ya el día en su ojo
en ruina, y el aire de verano
se adensa y ya curva las hojas y el humo
de los astilleros. Se aleja con andar
seco de nubes y estridor de relámpagos
este último juego del cielo. Todavía,
y desde años, querida, nos detiene el cambiarse
de los árboles estrechados dentro de la verja
de los Navigli. Pero es siempre nuestro día
y siempre aquel sol que se va
con el hilo de su rayo afectuoso.

Yo no tengo recuerdos, no quiero recordar;
la memoria resurge de la muerte,
la vida es sin fin. Todo día
es nuestro. Uno se detendrá para siempre,
y tú conmigo, cuando nos parezca tarde.
Aquí en el borde del canal,
balanceando los pies como niños,
miramos el agua, las ramas bajas
dentro de su verdor que se oscurece.
Y el hombre que en silencio se aproxima
no esconde en sus manos el cuchillo,
sino una flor de geranio.

CARLO BETOCCHI

LAS GOLONDRINAS

Las golondrinas, bellos círculos de la vida,
intactos y no vividos
sin que el tiempo azul los anule,
son tiempos que ignoran la medida
sumergidos en un sueño de campanas
que los levanta y los desciende,
que horadan y traspasan,
para retornar, fértiles de vida
y faltos de recuerdos, a la onda antigua.

OI EL GALLO

Oí el gallo; de vasto en vasto eco
entre la niebla del alba despierta
su propio canto y con él esparce
matorrales, eras, rústicas murallas
por el aire, evocando el país de la infancia
que jamás superó, amontonado
de caminos, de claros y de cardos
destilando lentamente un rocío
que nos mojó las manos y que se desvanece
al sol de la mañana en aquel canto suyo.

EL AZUL

Nosotros no tenemos más que muros
para ascender, y bordes de tejados
para limitar, en la oscura
línea fija de bocas de tejas:

por eso pedimos descanso al azul
que nos devasta con cosechas de golondrinas,
por eso nos escuchamos en el grito
opaco de las chimeneas... Son días,

son años, siglos de negror
para el hombre que erigió lentamente
el tugurio, que amasó el sudor
con la tierra, para que la mente

resplandezca más alta. Sola,
una metopa bruna, arriba; un arquitrave
se agrieta: pero vive en una garganta
tensa la línea de un canto suave.

Y no tenemos paz: el azul
es más fuerte, y sumerge el alma
en una inagotable energía
de tristeza y en su murmullo,

que se derrama por el éter; una madre
ha tendido sus blancas ropas,
alta, suspendida en el ser
que se ignora, y no pide otra cosa.

LA CRIADA

Nace de mí el signo del silencio;
la altivez de los amos, el rumor
de la riqueza apagué en el silencio.
Fuí criada: la cuna me dió mi corazón.

Como la luna dócil, yo seguí
en el curso diurno el resplandor del sol
y quedé sombra glauca que vacila.
Serví a la vida como quien semeja

a la vida. Y cuidé por amor
otras cunas no mías. Silencio
sobre mi vida impuse, otro silencio
como de paja en el segado campo.

Y al que va a espigar ahora recuerdo
y a los surcos oscuros, con terror
a insinuar dónde vigila
el amo, el sordo insinuar

de ese silencio lleno de amenaza.
Me esfumé de la tierra como el cálido
aire de junio, y quien me rechaza
a mí, que soy criada, pierde su silencio.

DE LA REPUBLICA

Viva la República, sonríe al alma
infantil la advertencia que no dice nada:
somos piedras republicanas... Quizá
quedaría mejor: desde siglos crecemos

en ciudades, tugurios, y esto es lo concreto.
Orina de caballos extranjeros
irisaba los charcos... Somos
un pueblo cierto de que la muerte

es un jardín de cedros: frutas
de oro cuelgan de los árboles eternos.
Pero aquí somos un pueblo de oficios
y la cabeza del clavo brilla en el telar.

Viva la República, es poca cosa
en la orilla de un mar tan libre,
en una absurda prisión. Pero si pienso en mi madre
que lavaba la ropa, y en estos jóvenes
que se disparan desbandados, corazón de padre,
consejo de hombre me sugieren
una suma de esfuerzos, de piedad, de amor,
y escojo una tristeza íntimamente popular.

MARIO LUZI

DIANA, EL DESPERTAR

El viento roto brilla entre los humos
de la llanura, el monte ríe raro
iluminándose, saltan reflejos
desde el agua. ¿Qué mensaje es más claro?

Es hora ya de alzarse, de vivir
puramente. Y vuela en los espejos
una sonrisa, en los abiertos vidrios un temblor,
vuelve un sonido a confundir los ecos.

Y tú riente, acudes, contradices
la muerte de repente. Como cuando
se abre una puerta irrumpen tan felices
colores, y el negror huye escapando
a disolverse. Nacen dulces imágenes,
ciego en su vuelta en la sangre se filtra
el espíritu del sol, áuras nos llevan
con ellas: a existir, a extinguirnos en un día.

ABRIL-AMOR

El pensamiento de la muerte me acompaña
entre los muros de esta calle que sube
y sufre a lo largo de sus curvas. El frío
de primavera irrita los colores,
endurece la hierba, la glicina, hace áspera
la piedra; bajo abrigos e impermeables,
pincha las manos secas, da escalofríos.

Tiempo que sufre y hace sufrir, tiempo
que en un remolino claro lleva flores
mezcladas a crueles apariciones
que, mientras te preguntas qué son, rápidas
desaparecen en el polvo y el viento.

El camino pasa por lugares conocidos,
pero cosas irreales
prefiguran el exilio y la muerte.
Tú que eres, yo que he llegado a ser,
yo que me muevo entre tanto viento,
¡hombre detrás de una huella fina y débil!

Es increíble que yo te busque aquí
o en otro lugar de la tierra donde
ya es mucho si nos podemos reconocer.

Pero hay todavía una edad, la mía,
en que se espera de los demás
lo que está en nosotros o ni siquiera existe.

El amor ayuda a vivir, a durar,
el amor anula y da principio y cuando
quien sufre y languidece espera, si espera todavía,
que un socorro se anuncie desde lejos,
está en él, basta un soplo para suscitarlo.
Lo he aprendido y olvidado mil veces
y por ti ahora se me hace un hecho claro,
ahora toma viveza y verdad.

Mi dolor es durar más que este instante.

MUJER EN PISA

No siempre estabas sola conmigo, muchas veces mirabas
las fiestas apagarse en los canales,
correr bajo los puentes seguidas por el tiempo,
entre los pámpanos, entre los prados lánguidos, y a la luz
de la tarde bajar con los profundos
remolinos del río.

Y era incierto quizá quien de los dos era ausente:
veías muchos límpidos torneos
desatarse en las calles bajo soles de invierno,
entre tribunas, entre flores humeantes, y al hielo
de las murallas empujar trofeos
en una luz de averno.

Siempre mujer—y nada más igual a la vida—
ardiendo de pasión imperceptible,
velada de un vapor de lágrimas ideales
en el viento, sobre los últimos puentes, al fuego
de los astros surgías en los portales
tras los vidrios rojizos.

ARRUGAS

El alma ausente, a donde me dirija,
es un rigor que hiela toda forma

en el vacío de la mirada;
el hombre, mudo consistir de aspectos
en la eterna inminencia,
el variar perenne de las fuentes.
Una incierta sonrisa disimula el terror
y exhala entre los dientes ociosos
y mórbidos, el turbio sueño humano.
Suspiros ciegos, vagos
rostros ya no instigados entre muros y plantas.
Los labios lentos maceran antiguos venenos
en el azul efímero del campo.
Están los cuerpos en paz,
crece la noche arbórea entre las nubes
y el universo es incólume hasta que
por una oscura herida una criatura,
cambiada en sombra, empiece a sollozar.

NOTICIAS A GIUSEPPINA DESPUES DE TANTOS AÑOS

¿Qué esperas, con qué sueñas otra vez, amiga,
si en un viaje tan sombrío vuelves
aquí donde en el sol las tempestades
tienen su voz altísima brumosa,
con olor de jazmín y de avalanchas?

Me encuentro aquí con esta edad que sabes,
sin ser joven ni anciano, espero, miro
esta vicisitud amenazante;
ya no sé lo que quise o me fué impuesto,
entras en mí, de mí sales ilesa.

Y lo que debe ser es todavía,
el río corre, el campo se transforma,
graniza, escampa, ladra cualquier perro,
sale la luna, nada se rescata,
nada del largo sueño venturoso.

(Traducción del italiano por Vintila Horia y Jesús López Pacheco.)